





## EL TRABAJO Y LA MUERTE VIAJAN EN DOS RUEDAS

EN UN MAR DE 4,5 MILLONES DE AUTOS, UN EJÉRCITO DE 150.000 MOTOQUEROS VUELA POR LAS CALLES DE SAN PABLO. SON LOS "CACHORROS LOCOS", UNA TRIBU URBANA QUE FLIRTEA CON LA MUERTE COMO TRABAJO. PARA VIVIR ESTE VÉRTIGO, PLAYBOY SE SUBIÓ A UNA DE ESTAS MOTOS, UNA AVENTURA PERIODÍSTICA PLENA DE RIESGO, VELOCIDAD Y LOCURA.

# PI-PI-PI-PI.

ESE PEQUEÑO CHIRRIDO DE LA BOCINA DE UNA motocicleta es la única advertencia que recibo. En mi espejo retrovisor, un hombre de casco y campera negra se tambalea a través del tránsito, después está encima de mí, y casi arranca mi espejo lateral. Ese *pi-pi* es la bocina de su motocicleta china de 125 cc y significa sólo una cosa para los conductores de San Pablo: córranse, aquí vienen los motociclistas. El primer motociclista se abre camino, como un esquiador, quitando la nieve fresca del

inmensa caja montada en la parte trasera de sus motos. Parece como si hubieran pegado una heladerita de playa allí, y escondida dentro, "la mercancía". Podría ser cocaína, copias de planos de un arquitecto o documentos bancarios. Incluso, órganos humanos son transportados de esta manera en San Pablo. Estas motocicletas no fueron hechas para ir a 120 durante meses seguidos, en especial, con un brasileño grandote arriba y prácticamente sin ningún tipo de mantenimiento del motor. Pero esta es la manera brasileña, ir al límite, llevar la moto al límite mecánico y cambiar de dirección por la ciudad, asustando y desparrramando peatones y civiles como en un

taxis, aproximadamente. Esto es un caos. El estilo brasileño. También es un estilo brasileño en los negocios, todo se hace en el último minuto, de apuro, probablemente un viernes. Entonces, ¿cómo funcionan los negocios cuando las calles están atascadas con autos? Ellos utilizan una flota masiva de ciudadanos en motocicletas. El Ejército de Estados Unidos cuenta con 150.000 soldados en Irak. La fuerza de reparto en motocicleta en San Pablo tiene el mismo tamaño, y aunque no tienen un uniforme, se los conoce como una tribu, quizá la tribu urbana más grande de Brasil, los "cachorros locos".



camino, se inclina hacia la derecha y vuelve a inclinarse a través de dos carriles de tránsito atascado. Viene a gran velocidad por el lado del conductor. A último momento, se endereza y se equilibra, está tan cerca que podrían estrechar las manos. El motociclista maniobra como un doble de James Bond, después sus luces traseras rojas desaparecen en el angosto espacio entre las hileras de autos. Luego, pasa otro motociclista. Y otro. Hileras de estruendosas motocicletas, tan pegadas unas con otras que si una se detiene, diez quedarían apiladas. Explotando en miles de pequeñas partes hechas en China.

Pero no se detienen. Nunca. Su trabajo es avanzar. Siempre. Para hacer la entrega de lo que sea que esté atrapado dentro de esa

videojuego en el que los jugadores se deslizan por espacios sumamente angostos, nunca frenan y aceleran para perderse en la distancia. Pero esto no es un *videogame*, esto es San Pablo, Brasil, la ciudad más grande de América del Sur y el motor económico que ha convertido a Brasil en un fabricante y exportador mundial en ascenso de todo tipo de productos: desde soja hasta satélites. Con 11 millones de personas y embotellamientos de tránsito que se extienden por 60 km, San Pablo hace que Los Ángeles parezca una linda villa alemana. Nadie se apura para ir a ningún lado, en las noches calurosas de fiesta en verano es común encontrar atascamientos de tránsito a las 4 de la mañana.

San Pablo tiene 4,5 millones de autos y 35.000

## DELIVERY MULTIFUNCIÓN

Por 15 dólares, los "cachorros locos" entregarán cualquier cosa que uno necesite, desde una pizza caliente hasta preservativos (esto es Brasil, después de todo). Los hombres de negocios que están llegando tarde a una reunión se montan detrás de un "cachorro loco" y van gritando a través del tránsito para cumplir con una fecha de entrega importante. "Hoy en día, estamos tan integrados a la economía, que San Pablo no podría funcionar sin nosotros", dice un motociclista. "A la gente no le gustamos o no nos respeta, pero somos esenciales como medio de transporte, tanto como los camiones, y si nosotros hiciéramos una huelga, la ciudad colapsaría".

Pregúntele a una persona común en San

Pablo sobre los “cachorros locos” y lo mirarán como si usted se hubiera ofrecido a robarle la billetera. “¡Esos bastardos! Uno de ellos me arrancó el espejo”, es uno comentario repetido. Los viajeros los odian tanto que existen 14 páginas web diferentes dedicadas a denunciar su indudablemente mortal estilo de vida.

Los “cachorros locos” son temidos. Se los llama “locos urbanos”, deseosos de perturbar el tránsito sin miedo y con una alta probabilidad de chocarse contra su espejo retrovisor. “Todos detestan a los ‘cachorros locos’, excepto cuando los necesitan”, me dice Caito Ortiz, un realizador brasileño que dirigió el documental *Motoboy: Blind Spot* en 2003.

de ruta. Estos tipos no tienen un entrenamiento formal: para convertirse en “cachorro loco” sólo se necesita probar que se tienen 18 años de edad. Se exige licencia de conducir, pero en Brasil la única ley que realmente rige es la de la calle. Y la ley de la calle dice que 4 millones de personas buscan trabajo en San Pablo. Entonces denles una motocicleta, un paquete y una dirección y ahí van.

Atravesar San Pablo en un día normal puede llevar dos horas. Las calles estaban colmadas, incluso cuando la economía de Brasil era lenta. Dado el auge de los últimos tres años, la ciudad está produciendo a toda velocidad y más dinero significa más autos lo que se tra-

Buena suerte señor Bittencourt. ¿Cuántas empresas ofrecen los servicios de los “cachorros locos”? Cuatrocientas compañías diferentes. Así se llega a esa inquietante cifra de 150.000, y todos están de acuerdo con que el 100% de ellos arriesga su vida cada día por un salario que rara vez supera los u\$s 500 al mes. “La verdad, es que somos descartables –dijo Edson Agripinio, en una entrevista con *The Times*–. Cuando un colega se lastima o muere, lo primero que pregunta el despachante es: “¿Entregó el documento?”.

“Cada día, dos ‘cachorros locos’ mueren”, explica Francisco Civita, el camarógrafo que anduvo con ellos para filmar el documental



## EL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS EN IRAK TIENE 150.000 HOMBRES. LA FUERZA DE REPARTO EN MOTOCICLETAS EN SAN PABLO TIENE EL MISMO TAMAÑO, Y SE LOS CONOCE COMO UNA TRIBU, LOS “CACHORROS LOCOS”.

Pero cuando los paulistas necesitan una entrega rápida, entonces los “cachorros locos” se convierten en una conveniencia económica y nadie pregunta cómo van a abrirse paso a través de 60 km de tránsito para llevarle esa presentación al cliente a las 5 de la tarde. Observar a los “cachorros locos” mientras atraviesan el tránsito, no frenan, e incluso rebotan escaleras abajo, es una clase de ciclismo fuera

duce en más tránsito.

“No hay manera de deshacerse de ellos –dijo Gerson Luis Bittencourt, secretario de transporte municipal en una entrevista con *The New York Times*–. Ellos emplean mucha gente y hacen que las cosas sean más fáciles para todos. Así que lo que tenemos que hacer es encontrar la manera de regular este fenómeno y recuperar la sociabilidad en el tránsito”.

*Motoboy*.... Los accidentes matan a 700 “cachorros locos” por año, aproximadamente el mismo número de muertos que los 2 millones que el poderoso ejército estadounidense pierde cada año en Irak. Miles de motociclistas son mutilados y pulverizados en accidentes. Honran las partes de sus cuerpos que perdieron con sobrenombres como “Rodillas de Titania” o “Dedo Meñique”. Para los “cacho- ➤



► rros locos”, un choque significa casi seguro una herida, la destrucción de la motocicleta y semanas sin poder trabajar.

“Esta fue la segunda vez que caí”, explica Romo, un “cachorro loco” con renguera. Sostiene sus radiografías en alto para que yo pueda verlas en detalle. Parece como si un niño de 12 años se hubiera vuelto loco con el destornillador eléctrico. Ocho tornillos –largos y doblados– sostienen una placa de metal para formar una nueva pierna. Donde antes hubo un hueso, ahora hay una malla de acero y tornillos.

Si los “cachorros locos” mueren es porque hay “imprudentes hombres locos con un deseo de muerte” (lo que dicen los conductores) o porque “estos conductores de mierda cambian de carril sin avisar” (lo que dicen los motociclistas). En fin, todo se reduce a la misma realidad sangrienta, frecuentes pilas de motociclistas. Los conductores involucrados en un accidente con un “cachorro loco” son rodeados inmediatamente por un grupo de diez “cachorros” enojados. Después, hay una pequeña lección de “justicia de la calle”, nuevamente el estilo brasileño. Los “cachorros” rodean el auto sospechoso y preparan el ataque. Primero, arrancan los espejos: “Si no los usás, bien los podés perder”, gritan los “cachorros” enloquecidos. Amenazan al conductor mientras golpean el techo del auto, si bien rara vez entran o en realidad tocan a los ocupantes. “Los he visto usar sus cascos para romper el parabrisas”, revela Civita, el camarógrafo.

“Necesito olvidar, es por eso que lo hago”, dice Marcela Ribeiro, una “cachorra loca” de 44 años, mientras explica su decisión de arriesgar todo. Hasta los 39, Ribeiro trabajó en una oficina. En octubre de 2003, cuando su hijo de 19 años murió, su vida dio un giro. Ribeiro recobró la cordura a bordo de su Honda. La muerte parece una respuesta aceptable a todas sus preguntas sobre la vida. Tentar a la muerte –dice ella– parece traerle sino placer, al menos paz. Los dolorosos recuerdos de su

hijo desaparecen en medio de las vueltas de las lomas y las avenidas de San Pablo.

#### PERIODISTA “CACHORRO”

Segundos después del choque de un “cachorro loco”, se envía un alerta al escuadrón de “rescate técnicos médicos de emergencia de San Pablo”. Apostados en las estaciones de bomberos, los equipos de rescate deben negociar con el tránsito y conducirse de inmediato hacia la escena.

Conocidos como los *bombeiros*, el escuadrón de rescate va al accidente –como no podía ser de otra manera– en motocicletas. En la parte

trasera de la moto, en una caja cuadrada, llevan su equipo médico. Es una bolsa de combate reducida al tamaño de una mochila. Estos *bombeiros* tienen de todo, desde jeringas rebozantes de morfina hasta aparatos médicos de banda ancha que transmiten información a la computadora central de un hospital. A veces, los *bombeiros* levantan una víctima ensangrentada y mutilada y la colocan en la parte trasera de la motocicleta, la atan con cuerdas elásticas para que no se caiga, y se apuran a través del tránsito hacia el hospital. ¿Esperar una ambulancia? Sería una sentencia de muerte para el “cachorro” herido.

## SAN PABLO VS. RÍO O CACHORROS VS. SURFISTAS DE TRENES

LA RIVALIDAD ENTRE SAN PABLO Y RÍO DE JANEIRO ES HERMOSA. CADA CIUDAD TIENE TANTO QUE OFRECER, QUE constantemente tratan de expulsar a la otra de Brasil, ya sea con fútbol, mujeres hermosas, tendencias culturales o genuina energía brasileña. Mientras los “cachorros locos” pueden ser la tribu urbana más grande de Brasil desde las calles de San Pablo, los surfistas de trenes de Río ganan el oro por sus pelotas. ¿Qué hace un surfista de trenes? Es simple. Trepa a la cima de las vías de Brasil, se para encima de los vagones en movimiento, esquivando los túneles, teniendo cuidado con los cables eléctricos. Los trenes vuelan a través de Río y cabalgar encima de ellos es tan popular en la ciudad carioca, que el fenómeno creció y creció para el año 1988, con cifras de espanto: más de 140 niños murieron en un solo año, y cientos más sufrieron heridas.

Como muchas de las ideas brasileñas, el furor de surfear trenes ha migrado a todo el mundo, apareciendo en lugares tan disímiles, como los barrios pobres de Soweto en África y las páginas de YouTube. Como los “cachorros locos” de San Pablo, los “surfistas de trenes” de Río son chicos pobres, del norte de la ciudad, lejos de la playa y más lejos del precio de una linda tabla de surf. Sin embargo, ellos hacen surf, bailan y hacen capoeira mientras el tren dobla y se precipita a través de las verdes montañas de Río.

Al igual que los “cachorros locos”, los “surfistas de trenes” tienen una colección de cicatrices y sobrenombres que suenan como de la mafia. Un chico perdió ambas piernas. Otro surfea con su brazo en cabestrillo. Se hacen llamar “Pistolero”, “Rambo” y “Stallone”. Cuando esta actividad se salió de control, la compañía de trenes del estado inició una muestra de arte: fotos de “surfistas de trenes” muertos o mutilados. “Estamos tratando de detener esta locura”, dijo el vocero en ese momento. Para los menos valientes, siempre existe la vida de los pingüentes (los satélites). Ellos, simplemente, se cuelgan del tren de un costado. En una entrevista ahora legendaria con *The Wall Street Journal*, Indio, un surfista famoso, describe su primera vez: “Cuando el tren realmente empezó a rodar, fue la cosa más excitante que yo había experimentado. Estaba allí arriba, con mis amigos. El aire fresco me golpeaba en la cara. Era el último sentimiento de libertad. Entonces, me hice adicto”.



Después de una semana investigando todos los aspectos de esta cultura urbana, tenía que completar una última parte de la historia: ir con los “cachorros locos”. Sabía que podía ser peligroso. Elegimos un viernes, lo cual significa que el tránsito estaba peor que lo normal. Le pagué al conductor, Erneiro, y él recogió su entrega, unas copias de una empresa de arquitectos del centro de San Pablo. Nos dirigimos entonces a Moema, un distrito elegante cerca del aeropuerto de la ciudad. En auto, nos hubiera llevado al menos 90 minutos, aunque la distancia es de no más de 20 km.

Al dejar la oficina del centro de San Pablo, una valla policial nos detiene. Mientras que a decenas de motociclistas sólo se les hacen señas para que sigan, a nosotros la policía no nos hace ninguna: dos personas en una motocicleta de una persona. “Si yo veo a dos hombres en una motocicleta, siempre los detengo –me confiesa un policía más tarde–. Probablemente, haya un conductor y el otro

por rasguños, apenas puedo ver entonces medida el “nuevo”. Hay tanto sol que la luz refleja en los parabrisas las ventanas de los edificios. En todas partes, cegándome mientras trato de descifrar hacia dónde vamos. Desde la perspectiva de la motocicleta, el tránsito está permanentemente detenido. Siempre vamos más rápido que él. Mucho más rápido. Mis oídos zumban mientras Erneiro se inclina hacia la derecha, obstruye el paso a una *pick up* llena de trabajadores de la construcción y salta a un espacio angosto entre la interminable fila de autos atascados. “Este es el corredor”, grita, exigiendo al motor de nuestra vieja Suzuki. Hay una larga fila de motocicletas, puedo ver al menos una docena delante de nosotros, no me atrevo a mirar hacia atrás.

“El corredor” es el pedazo del mundo en el que los “cachorros locos” son los reyes. Este es su espacio, un pedazo de cemento de un metro de ancho apretado entre hileras de autos, camiones e idiotas que tiran cigarrillos

está bien, pero mi cerebro trata de entender la dimensión de lo que he hecho. ¿Cuánto es adrenalina? ¿Cuánto es el deseo de morir? ¿Es posible hacer este trabajo sin caer? “No –me responde Erneiro–. Me he caído cuatro veces, mirá mi mano”. Se quita sus guantes de plástico baratos, veo una cicatriz a través de su dedo pulgar, toda una parte de su mano ha sido rebanada y después cosida nuevamente. Volver a casa es fácil, aprendo a inclinarme a través del corredor, inclinarse a centímetros de los autos, disfrutando la vista de conductores sorprendidos, sin mencionar las legiones de hermosos muslos brasileños extendidos a través de los asientos de los autos, tentándome. He tomado éxtasis con Gilberto Gil, me he emborrachado con Joan Baez, y fumé heroína, opio y la mejor marihuana de California... pero esta elevación fue diferente. La adrenalina bombea dentro de mi cuerpo sin límites, la excitación de la velocidad y la libertad llenan mi conciencia, ignoro los sig-

## ANTES DE QUE PUEDA BROMEAR CON EL POLICÍA SOBRE MI AVENTURA PERIODÍSTICA, ME PATEA LAS PIERNAS ME ENVÍA AL PAVIMENTO Y ME DICE UNA CATARATA DE INSULTOS EN PORTUGUÉS EN EL OÍDO.

tenga un arma”.

Sospecha de actividad delictiva es el cargo y antes de que yo pueda bromear con el policía sobre mi pequeña aventura periodística, me patean las piernas, me envía al pavimento y me dice una catarata de insultos en portugués en el oído. No hay posibilidad de comunicarse con estos brutos. Soy un sospechoso, ellos son la policía y esto es Brasil. Después de 20 minutos de comunicaciones con el cuartel general y mucha conversación inentendible por radio, a Erneiro y a mí nos dejan ir. Ahora, realmente nos tenemos que apurar.

El casco que Erneiro me prestó está cubierto

encendidos por la ventana a la calle sin consideración. Los “cachorros locos” son los dueños de “el corredor”; a menudo, aullan a 120 km por hora, mientras los autos tienen suerte de avanzar 2 km durante esa misma hora.

En minutos, llegamos a Moema, mientras Erneiro entra rápidamente a dejar los planos, me quito el casco y respiro decentemente por primera vez en 20 minutos. Mis jeans están bien, no hay agujeros provocados por los espejos filosos o las defensas de hierro de la autopista. Mis zapatillas se encuentran llenas de arena y de piedritas, toda la suciedad de las calles levantada por las motos. Mi corazón

nos de peligro que repetidas veces se inculcan en mi cabeza. No tenemos miedo, tentamos a la muerte, haciéndonos pedazos en el tránsito. Son los últimos surfistas urbanos. Si los padres de Erneiro hubieran sido ricos, él podría haber ido a una escuela de vuelo. Sin embargo, él es la versión brasileña del piloto de guerra pobre: excelentes reflejos, 200% de confianza y ningún miedo a la muerte.

Esto no es sólo sobre dinero, también tiene que ver con el amor. Con flirtear con el riesgo. Con saborear experiencias al filo de la navaja, como parte de tu trabajo. Es como la sensación de un soldado después de un combate. ■